

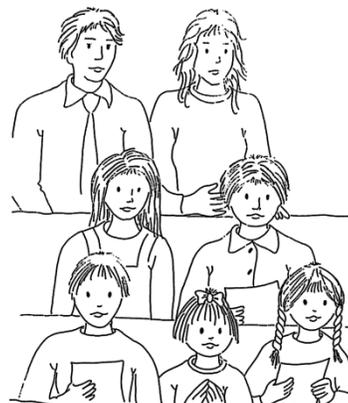
LA ASAMBLEA

Según lo que ya conocemos, *la asamblea es el sujeto de la celebración, es decir, ella es quien celebra*. Pero no basta que un grupo de cristianos estén juntos en un rito religioso para que sean asamblea. La asamblea es una unidad externa e interna, física y espiritual. *Mientras el conjunto de personas que concurren en el mismo lugar no viva y sienta la mutua comunión, no hay asamblea eclesial.*

La asamblea es el conjunto de fieles que, unidos en caridad, realizan una celebración litúrgica.

Lo más frecuente es que en la reunión dominical haya personas que viven ese espíritu de comunión, mientras que otras están simplemente con los demás, pero no forman propiamente parte de la asamblea, porque no están unidas de espíritu.

Con esta noción de asamblea se advierte ya la importancia del tema. Está relacionado directamente con la caridad, es decir, con la esencia del cristianismo.



- La asamblea, expresión de la Iglesia.

La Iglesia la constituimos todos los miembros del Cuerpo de Cristo extendidos por el mundo entero, además de quienes nos han precedido y pasaron ya al más allá. Ese inmenso cuerpo nunca puede estar físicamente reunido. Pero cada uno de los grupos que se reúne en asamblea expresa la Iglesia; es *epifanía o manifestación* de la Iglesia entera.

Iglesia significa connotación. Todos estamos convocados a la asamblea. Esta sólo se realizará en plenitud en la gloria, pero ya hemos de sentirnos como en tensión hacia la asamblea celebrativa. Es que nadie debe contentarse con alabar personalmente a Dios; hemos de querer alabarlo todos al unísono, en voces y corazones concordados, como en una gran sinfonía.

Por ese mismo sentido globalizante, la asamblea es signo de la unidad del género humano que Dios desea. La Iglesia tiene vocación de catolicidad, de universalidad. Y nunca lo expresa mejor que cuando ora, cuando celebra. De ahí que con razón se puede afirmar:

“De todos los signos que posee la liturgia, es la asamblea el principal y el previo a todos los demás. Por esta razón es el principal signo de la Iglesia” (C. Floristán).

- Historia de la asamblea: Antiguo Testamento

Dios es Trinidad, es decir, comunión de personas. Al hombre lo ha creado a su imagen: lo ha llamado a la unidad en el amor. Por eso ha fundado la familia, expresión de lo que ha de buscarse entre todos los hombres: la humanidad entera debiera vivir como una gran familia.

En el orden de la historia de la salvación, de modo particular desde la elección de quienes habían de preparar la venida del Salvador, Dios quiso que sus fieles constituyeran un pueblo. Elige a un hombre, *Abraham*, para que sea padre de un gran Pueblo. Más tarde, a *Moisés* para que sea caudillo de su Pueblo. A David y otros reyes para que rijan a su Pueblo. A los profetas para que sean su voz en el mismo en el mismo Pueblo... Y con ese Pueblo establece *la Alianza*, en la cual todos los miembros han de sentirse hermanos: herir o hacer cualquier injusticia contra un hermano es ofender al Señor que ha hecho alianza con él. “*Haré de ustedes un reino de sacerdotes y una nación santa*” (Ex 19, 6).

En el Antiguo Testamento son notables las asambleas del pueblo. En los momentos cumbres se reúne la “*asamblea de Yahvé*”. Todos tienen que peregrinar tres veces al año a Jerusalén: no basta que cada cual, ni siquiera cada familia, ore por su cuenta; además, algunas veces han de hacerlo todos unidos en Jerusalén.

- En el Nuevo Testamento

Jesús anuncia que edificará *una Iglesia* (= asamblea) (Mt 16, 18), y muere para “*reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos*” (Jn 11, 52). En la Epístola a los Hebreos se hace una magnífica descripción de la asamblea de los llamados a la vida eterna (cf. Heb 12, 18-21).

Es clara la intención de Jesús de que sus discípulos vivan en unidad. Habla de su Iglesia, del rebaño que debe tener un solo pastor, promete y concede a Pedro la misión de dirigirla...

Los Apóstoles reúnen a los convertidos, los agregan por el Bautismo, los dirigen, velan por la unidad de las distintas Iglesias; se reúnen en el llamado “Concilio de Jerusalén” para regular los asuntos que podrían dividirlos. San Pablo es celoso en fomentar la unidad y armonía en las asambleas, por lo cual reprende a quienes son foco de división o de celebraciones inadecuadas, incluso –lo que parecería temerario- supedita el uso de los carismas (que vienen del Espíritu Santo) al provecho de la asamblea (cf. 1 Cor 14, 39).

- En la Iglesia primitiva después de los Apóstoles

El libro *Doctrina de los Doce Apóstoles* (de hacia el año 90) indica que los cristianos deben reunirse para “partir el pan y dar gracias” (14, 1).

San Ignacio de Antioquia, martirizado hacia el año 110, advierte: “Cuiden de tener asambleas frecuentes para ofrecer a Dios su Eucaristía y sus alabanzas”. Y es severo contra quienes no acuden: “No venir a la asamblea es acto de orgullo y excomulgarse a sí mismo”.

El pagano Plinio el Joven, por el año 112, escribe que los cristianos se reúnen en un día determinado para cantar a Cristo como a Dios.

Hacia el año 150, san Justino narra cómo los cristianos de las ciudades y de los campos se reúnen en asamblea para la Eucaristía.

De lo más llamativo es el martirio de los *mártires de Abitina*, ciudad del Norte de África, en la cual, 12 de febrero del año 304, cuarenta y nueve cristianos, hombres, mujeres y niños, son sorprendidos y llevados ante el Juez. Allí confiesan: “*No podemos vivir sin la celebración dominical*”.

- Pérdida del sentido de asamblea

“La Iglesia sin asamblea sería una contradicción” (P. Girelot), pues Iglesia es convocación, es asamblea. Por eso ha mantenido a lo largo de los siglos la urgencia de reunirse en el día del Señor.

Pero los fieles fueron perdiendo el sentido de esta importancia en la misma medida en que iba decayendo el fervor primitivo. Entonces la Iglesia, ante la incapacidad de los fieles de tomar conciencia de la importancia de celebrar juntos los sagrados misterios, llegó, muy a pesar suyo, a imponer con mandato la participación en la asamblea los domingos y las fiestas principales.

No ha de olvidarse que el mandato no es ideal, sino un remedio, ya que cumplir una obligación por miedo al castigo no es suficiente para entrar de veras en el espíritu de asamblea. El que está sano no necesita medicinas y despliega su vida con mayor plenitud.

- El Espíritu de asamblea

Para entrar plenamente en la asamblea es necesario poseer espíritu comunitario, espíritu de Iglesia. Y eso es condición para poder estar unidos a Dios. Quien no siente interés por el hermano, no puede encontrar a Dios. Quien está en la reunión desinteresado de los demás, no forma propiamente parte de la asamblea que dialoga con Dios. Como hemos visto, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, Dios nos quiere unidos de corazón. Muchos tal vez piensan que están hablando a Dios y hablan a un ser que no es el auténtico Dios, sino una caricatura que se hacen de él:

Sólo el que ama al prójimo entiende a Dios y llega a él. Si no poseemos espíritu comunitario, nuestra vida espiritual no puede ser auténtica. Al prójimo hemos de esforzarnos en verlo como Dios lo ve: con amor. En caso contrario no vivimos la verdad.

Esto es muy exigente. Felizmente exigente. La exigencia es un don con el que Dios nos descubre dónde están la verdad y el bien.



- Cómo conseguir el Espíritu de asamblea

Lo primero que se requiere es *tener claras las ideas*. Eso es lo que hemos tratado de explicar en los párrafos precedentes.

Luego, es *imprescindible el esfuerzo*. No basta quererlo en el momento de la reunión, sino en toda la vida, pues la vida espiritual es una sola, es una unidad que no se puede vivir de un modo en la Iglesia y de otro modo en la casa o en la calle. Toda vida espiritual requiere esfuerzo, tanto más, cuanto más principiantes e imperfectos somos. Con el progreso viene la mayor facilidad, porque entonces dejamos mejor que el Espíritu de Dios transforme nuestra actitudes, es decir, nuestro modo de ser.

En tercer lugar se requiere *vivir en la celebración lo más conscientemente posible la actitud de unión*. Esa actitud se manifiesta y se expresa en la simpatía, en la acogida al encontrarse, en los saludos y gestos, antes, durante y después de la celebración. La liturgia no tiene por qué ser una celebración de una seriedad triste e incomunicada. La iglesia es la casa de la comunidad y debemos sentirnos cómodos en ella, sin dejar de tener en cuenta que también es la casa de Dios, de un Dios que es Padre. Han de combinarse debidamente naturalidad, fraternidad y respeto.

- Fomentar el espíritu de asamblea

Dado que todos somos responsables de la celebración, todos hemos de procurar que se desarrolle y crezca el espíritu de asamblea. ¿Qué haces para ello? Además de cultivar sin cesar el espíritu de caridad, según lo ya expuesto:

- Participar* en las respuestas o diálogos, en el canto (salvo quien no tenga oído musical o su voz sea tal que deteriore la belleza del conjunto), en las acciones o en los gestos corporales, en el silencio cuando corresponda (cf. SC 30).
- Hacer todo y sólo lo que cada uno le corresponde*, es decir, dejar al presidente de la celebración o a otros ministros lo suyo y cumplir bien lo que debe realizar la asamblea a lo que nos toca, si desempeñamos algún ministerio. La constitución conciliar sobre Sagrada Liturgia lo dice muy claramente: *“En las celebraciones litúrgicas, cada cual, ministro o simple fiel, al desempeñar su oficio, hará todo y sólo lo que corresponde por la naturaleza de la acción y las normas litúrgicas”* (n. 28).

- c. *Estar dispuesto a colaborar en algún servicio concreto*, según las propias cualidades, y realizarlo con fe y con esmero, preparándose para ello. Estos servicios pueden ser, entre otros, arreglar el altar y el local, actuar como acólito, acoger a quienes llegan, proclamar alguna lectura, cantar o proclamar el salmo responsorial, formar parte del coro que anima el canto de la asamblea, etc. Tales servicios han de realizarse con esmero, y nadie debe apegarse a ellos, sino que debe estar dispuesto a dejar actuar a los demás para que también otras personas más capaces participen.
- d. *“Los acólitos, lectores comentadores y cuantos pertenecen al coro desempeñan un auténtico ministerio litúrgico. Ejercen, por tanto, su oficio con la sincera piedad y el orden que conviene a tan gran ministerio y les exige con razón el pueblo de Dios. Con este fin, es preciso que cada uno a su manera esté profundamente penetrado del espíritu de la liturgia y que sea instruido para cumplir su función debida y ordenadamente”* (Constitución de Sagrada Liturgia, n. 29).

En todos estos servicios o ministerios la persona que los realiza ha de cuidar el vivir la celebración. Existe el riesgo de que quien desempeña un ministerio se transforme en algo así como en un actor de teatro, que actúa simplemente para los demás. En la celebración todo ministro es un miembro es lo que se está celebrando. Por ejemplo, quien lee debe recibir también él mismo el mensaje que proclama; quien canta, más allá de la técnica, debe vivir con doble intensidad lo que canta, etc.

El presidente de la asamblea tiene en sus manos las mayores posibilidades de hacer que los participantes se sientan asamblea. Si descuida su función propia, será el principal responsable de que no se viva tal espíritu. Su influencia se hace sentir en el modo de saludar, que no se ha de ser regido, sino natural, y en la comunicación en todo momento; en el modo de proclamar el Evangelio y, sobre todo, la Plegaria Eucarística, en el tono de la homilía... Debe presidir sin complejos de superioridad y sin apocamiento; ha de saber prever todo para no entorpecer la acción (por ejemplo, tener elegidas y señaladas las oraciones, y no estarlas buscando mientras recita otras oraciones o rompiendo el ritmo forme a quienes desempeñan distintas funciones; animar a los tímidos y moderar a los propensos a hacerse ver, etc.

La asamblea es un conjunto y cada uno de sus miembros en particular son también responsables de que este espíritu sea vivo y vaya creciendo en la comunidad de la que forman parte. Nunca ha de olvidarse que *quien celebra es la asamblea. Ella es el sujeto de la celebración*. Por su actitud interna y por la participación externa, cada uno debe colaborar para que los participantes no se sientan espectadores, sino sujetos activos, y para que todo ofrezca la bella imagen de la familia de Dios que se siente en fiesta en diálogo con el Padre.

Los medios externos hacen la celebración más armoniosa, más bella. Pero no ha de olvidarse que su finalidad no es la estética, sino la vivencia comunitaria del misterio que se celebra.